Gonzalo de Sandoval fue al momento avisado de la llegada de la armada y a cada paso enviaba a reconocerla. Sacó de la Vera Cruz los soldados inútiles y los envió a un lugar de indios; los otros se le ofrecieron de morir por Cortés. Y hecho el ofrecimiento mandó plantar una horca y luego le avisaron las guardas que llegaban cerca de la villa seis castellanos y algunos indios de Cuba. Aguardólos en su casa y mandó que nadie hablase con ellos, y como no hallaban con quien hablar, sino indios que trabajaban en la fortaleza, fuéronse a la iglesia y de allí a casa de Sandoval, porque les pareció lo mejor. El clérigo Guevara hizo su salutación y una grande arenga, contando los gastos y razones de Diego Velázquez, pidiendo que todos fuesen a dar la obediencia a Pámphilo de Narváez, en nombre del adelantado que había llegado con aquella armada, con algunas palabras demasiado de libres. Gonzalo de Sandoval le dijo que Fernando Cortés y los demás que estaban en Nueva España con él eran buenos vasallos y servidores del rey y que si no fuera clérigo se lo mostrara con efetos. El clérigo ordenó al escribano que sacase la carta de creencia y los papeles que llevaba y los leyese y notificase. Sandoval le dijo que fuesen a Mexico a Fernando Cortés que respondería. Y porfiando el clérigo en que se había de notificar, le hizo arrebatar y a sus compañeros y con indios, en hamacas de red, los envió a Mexico y por alguacil con ellos a Pedro de Solís, adonde llegaron en cuatro días, caminando días y noches, mudándose los indios, que los llevaban a trechos y yendo de ellos muy espantados de lo que les sucedía. Escribió Gonzalo de Sandoval lo que pasaba y Cortés en llegando cerca de Mexico los mandó soltar y envió caballos en que entrasen y los recibió y trató muy bien.

CAPÍTULO LX. *Que sabe Pámphilo cómo le llevaron sus mensajeros; Motecuhzuma le envía un gran presente a la costa y Cortés suelta los castellanos presos y se los envía a Narváez, y le escribe*

ON EL PRIMER AVISO que tuvo Motecuhzuma de la llegada de Pámphilo de Narváez volvió a mandar a sus gobernadores y ministros que regalasen aquel ejército y le proveyesen de vitualla y diesen presentes al capitán general. El cual con diligencia sacó su gente a tierra y todo lo demás del ejército y se fue a alojar en Cempoalla y envió por la tierra a los tres soldados que se le habían allegado, como hombres que sabían, para que informasen cómo él era el legítimo capitán general del rey de Castilla y que Fernando Cortés tenía usurpado aquel cargo y esto mismo dijo al señor de Cempoalla, y que si había Cortés hecho alguna cosa mala le castigaría. Supo de este señor cómo había vencido a los tlaxcaltecas y los tenía por amigos, que había prendido a Motecuhzuma, quemado a Quauhpopoca y quitado el reino a Cacamatzin y, que en suma, se hallaba

muy poderoso. Respondió que se holgaba de su bien y que le tenía por hijo y que iría a ayudarle. Entendió en alojar su gente y el señor de Cempoalla le regaló mucho, entendiendo que era padre de hombre a quien en tanto estimaba. Y Motecuhzuma, sin sabiduría de Cortés, envió un gran presente a Pámphilo de Narváez, ofreciéndosele por amigo, pareciéndole que si entre esta gente había división, le estaba bien y que si había de haber unión era mejor engañarlos para conseguir su intento. Pámphilo de Narváez se lo envió a agradecer mucho y a ofrecer que le sacaría de la opresión en que se hallaba y castigaría el desacato que se le había hecho; y no pudo llevar en paciencia el caso de haberle enviado Gonzalo de Sandoval sus hombres presos a Mexico. Antes que Fernando Cortés tuviese las cartas de Gonzalo de Sandoval, luego que Motecuhzuma le dijo la llegada de el armada, andaba muy cuidadoso. Parecíale que para socorro suyo era mucho y que antes debía de ser para contra él. Temía de alguna guerra civil en que se perdiese lo ganado y se le atajase el curso de la buena dicha. Juzgaba que podía ser armada de Diego Velázquez y que si iba en persona no podía excusar de respetarle aunque, por su buena y blanda condición, confiaba que le traería a cualquier buen partido; pero temía que yendo otro cualquier general, por la malicia humana había de haber trabajos; pero encomendábalo a Dios y sacaba fuerzas de flaqueza. En esto le llegaron las cartas de Sandoval, con que acabó de saber lo que pasaba y luego los presos, a los cuales recibió con mucho amor y los regaló y trató con tan buena voluntad y supo el arrepentimiento con que quedaba el adelantado, de no haber hecho el viaje en persona, sus consejos y pensamientos; la causa de la jornada de el oidor Lucas Vázquez; los disignios de Narváez; las fuerzas que llevaba; los capitanes y amigos que tenía y los que en aquel ejército inclinaban a Cortés y la opinión que tenía con todos. Determinóse de volverlos a enviar, para que refiriesen a Pámphilo y a su gente lo que habían visto de las grandes poblaciones de la tierra y multitud de la gente y que si entre ellos había división no bastarían para defenderse y el deservicio que de ello resultaría a Dios y al rey y el tratamiento que les había hecho; el deseo que tenía de dar a todos satisfación y en particular a Pámphilo, a quien tenía por tan buen caballero que aceptaría su buena voluntad y que donde no, que él y aquellos hidalgos defenderían sus capas; y en secreto les rogó que dijesen a los principales de el ejército que en Mexico había grandes riquezas y se holgaría de partirlas con ellos; escribió una carta a Narváez; dio buenas joyas al clérigo y a los otros y después de partidos se acordó que en nombre de todos se escribiese otra carta a Pámphilo de Narváez, pareciendo que convenía, pues eran tan pocos, buscar todos los medios posibles para no llegar a rompimiento; ofrecíanse a su servicio y obediencia; pedíanle que hubiese entre todos buena conformidad, porque de lo contrario resultaría el daño universal y deservicio de el rey.